



De hoxe a manán.

## **Narodnitchestvo**

Publicado en *La Voz de Galicia* el 13 de abril de 1977

El día 12 de junio del año 1950 cumplí 25 años y pocas semanas después me casé trasladándome a los Estados Unidos de Norteamérica, en donde había que vivir hasta 1960.

Veinticinco años, pero por lo que se refiere a la experiencia o conocimiento del mundo tendría aproximadamente la que hoy puede tener una chica de 15. De 15 no, ¡que exageración!, de doce más bien.

Somos criaturas salidas directamente de la Edad Media. La Edad Media con todas sus virtudes, la espiritualidad, la belleza y la elegancia en las maneras, y con todas sus lacras, mendicidad, incluida la de leprosos, clasismo, crueldad, ha conformado mi niñez y la niñez de todos los gallegos que nacieron en 1925 e incluso un poquito más tarde.

El choque con la civilización postindustrial que durante mi estancia en Norteamérica iba a desembocar en la automatización creada por la cibernética, a mí por un poco no me mata. Es casi un asombro que siga todavía viva.

Por eso yo, siendo de talante tan liberal y admitiendo la necesidad de la evolución, creo que debe tener un carácter progresivo; por propia experiencia conozco que es muy peligroso quemar etapas. Así un pueblo, digamos, no puede pasar de repartir aquellos inefables premios al albañil que tenía 22 hijos, a recomendar o practicar el aborto gratuito sin que se produzca un trauma moral. Tampoco se puede pasar del matrimonio indisoluble al divorcio indiscriminado. Ni del bañarse en la playa separados los sexos y con albornoz al nudismo integral en el teatro, a la pornografía al alcance de los menores...

No se puede pasar de la autarquía al libertinaje. Del centralismo negativo al «Viva Cartagena»...

La moral cambia, los tiempos cambian, las costumbres cambian, la vida cambia, ya lo sabemos. Pero si uno quiere sobrevivir o que sobrevivan ciertos valores esenciales, hay que procurar que a la moral no se le den más empujones de los necesarios. Hay que cambiar, si, pero a modiño...

Una vieja amiga mía asegura que, desde que tantas mujeres han dejado de creer en el infierno, ya no se barren bien las casas en España y mi admirada psicólogo y doctora, Fernanda Monasterio, que es hija de una ferrolana y se considera a si misma muy gallega, me ha hablado largamente acerca de los numerosos suicidios que se producen en niños de 14, 15 y 16 años y es horrible pensarlo. Al parecer, estas criaturas no pueden resistir la presión del cambio social.

Estoy metiéndome en un tema muy grave y en realidad no es donde quería dirigirme, sino que mi pretensión era contarles como fue posible que aquella joven tímida, sin experiencia, educada ora por institutrices extranjeras «y en casa», ora en un colegio muy elegante que había sido la casa de Antonio Pérez, en el viejo Madrid, como en esta chica (yo misma) vino a nacer el



sentimiento del más puro «Narodnitchestvo» que quiere decir populismo en ruso y que hace referencia a un movimiento intelectual de resistencia a la tiranía zarista y que tenía su punto de apoyo en el pueblo, principalmente en los labradores.

A pesar de que mi abuelo, Juan Fernández Latorre, había sido un ardiente populista, las circunstancias posteriores en España así como los azares de nuestra reciente historia habían impedido en cierto modo el desarrollo de unos impulsos que ya debían estar larvados en mi corazón y que posiblemente me legaba la propia genética (recordemos aquella bisabuela lavandera).

Pero lo cierto es que yo me había educado en un ambiente muy clasista. Se marcaban en los años treinta y en los cuarenta no sólo las diferencias entre los estamentos sociales sino incluso las existentes dentro de una misma clase y no era lo mismo ser ingeniero de tal como de cual, pertenecer a este cuerpo o a este otro, tener coca o no tenerla...

Recientes estudios científicos, como ese libro tan impresionante de mi amigo el Doctor Rodríguez Delgado, aseguran que la influencia del medio ambiente es superior a la ejercida por la genética. Si en algunos jóvenes y radicales líderes del actual momento, aún asoma por detrás de la manga esa camisa azul del «Frente de Juventudes», ¿cómo no iba a influir el medio ambiente en un ser tan inocente como era yo?

Si bien nunca había aceptado la necesidad de la miseria e incluso de la pobreza, en cambio si me pareció natural aquella división casi hinduista de los estamentos y simplemente me consideraba afortunada por estar en un puesto de alguna relevancia si bien como me educaba con hijas de duques, siempre tuve una sensación de modestia.

El choque con la sociedad post industrial así como un trato directo y fraternal con los emigrantes gallegos en los Estados Unidos, vino a destruir aquel concepto clasista de la sociedad. Y no sólo dejé de crearme superior sino que me vi muy empequeñecida. Miraba yo los puentes y los túneles de Nueva York y pensaba en los emigrantes gallegos que los habían hecho, en los que habían muerto en su construcción... Me admiraba su valor. «Yo no sería capaz de trabajar en un taller de costura -me decía- no sería capaz de hacer esas salsas tan especiales para el Club de millonarios de Wall Street como hace el bueno de Paco».

Del sentimiento de mi propia inferioridad -si llegara al país como ellos y tuviera que ganarme la vida- brotaba otro de admiración y amor al pueblo. De la noche a la mañana abandonaba el ropaje de mi propia juventud (el Náutico, el Casino, los paseos a caballo) y pasaba a convertirme en una «narodniki» tan ardiente como han podido serlo los propios Lavrof o el estudiante Ouspenski, los dos líderes populistas de este movimiento ruso que más tarde vendría a desembocar en el anarquismo.

A partir de 1950 el populismo conformó mi vida. Al volver a Galicia hice el esfuerzo de aprender la lengua del pueblo, pues como era de suponer me había educado en castellano, pero no quise entonces ni quiero ahora hablar el gallego culterano de los intelectuales sino que adopté como mío ese gallego impuro, bastardo y semicastellanizado del pueblo.



Pero, realizada la simbiosis, resulta que para hablar en público prefiero mil veces hacerlo en gallego porque tengo consciencia de que mientras escribo menos mal el castellano, en cambio hablo con más gracia el gallego.

Y ello se debe al citado «Narodnitchestvo », porque al adoptar la lengua del pueblo parece que se me hubiera pegado cierta gracia muy ordinaria de las clases más modestas y así que a veces soy como una de esas rapazas libres que andan en el tráfico del pescado, y que se burlan alegremente de todo porque hay en ellas esa carisma popular, esa autorrealización colectiva, esa esperanza...